

# NEW LEFT REVIEW 133/134

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-JUNIO 2022

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS      ¿Una guerra evitable?      7

## ENTREVISTA

VOLODYMIR ISHCHEKNO      Hacia el abismo      21

## ENTREVISTA

TONY WOOD      La matriz de la guerra      47

LOIČ WACQUANT      Conceptualizar la «raza»      75

EVGENY MOROZOV      Crítica al tecnofeudalismo      99

CAITLÍN DOHERTY      Dos izquierdas atlánticas      141

NAOMI VOGT      Los escalofríos del montaje de  
Arthur Jafa      179

ANAHID NERSESSIAN      ¿Por amor a la belleza?      199

## CRÍTICA

HITO STEYERL      Arte y guerra      219

WILLIAM HARRIS      Más allá de Arusha      225

JOY NEUMEYER      Rusia en cifras      239

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



## CRÍTICA

Issa Shivji, Saida Yahya-Othman y Ng'wanza Kamata, *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere*, Dar es Salam, Mkuki na Nyota, 2020, 1208 pp.

WILLIAM HARRIS

### MÁS ALLÁ DE ARUSHA

Hubo un momento, digamos entre 1966 y 1974, en el que la Universidad de Dar es-Salam fue uno de los centros intelectuales más excitantes del mundo. Giovanni Arrighi se integró en su claustro durante dos de sus años de formación, colaborando con John Saul. Tamás Szentes, reclutado por el gobierno de Tanzania como parte de su plan de dotar los departamentos de ciencias sociales con intelectuales no estalinistas, realizó allí sus investigaciones para concluir *The Political Economy of Underdevelopment* (1976) desde su puesto de director del Departamento de Economía, impartiendo docencia junto a Justinian Rweyemamu, considerado el padre de la ciencia económica de Tanzania. C. L. R. James, Paulo Freire, Samir Amin, Immanuel Wallerstein, Stokely Carmichael y Cheddi Jagan pasaban por Dar es-Salam para dictar conferencias, mientras que Walter Rodney dedicó los años que pasó en la Universidad a escribir *How Europe Underdeveloped Africa* (1972). El futuro presidente de Uganda, Yoweri Museveni, impartía sus «clases ideológicas» los domingos por la mañana, a las que acudían estudiantes y docentes que leían atentamente *El capital*. Julius Nyerere, el presidente de Tanzania, se presentaba en el campus para responder a las preguntas de los estudiantes, ganándose así el sobrenombre de *Mwalimu*, «maestro» en *kiswahili* (suajili). Hablando con un grupo de estudiantes de grado que acababan de ser golpeados por la policía, los animó a seguir protestando a la vez que aclaraba que, en su condición de jefe del Estado, seguiría enviándoles a la policía para que los detuviera.

El país se volvía más rojo, al igual que el campus. En 1967, seis años después de una salida inicial del dominio británico bastante cauta, Tanzania se declaraba socialista mediante la Declaración de Arusha. Los escalones superiores de la economía, desde los bancos hasta las destilerías, se nacionalizaron y la militancia en el partido se limitó al campesinado y la clase obrera. Nyerere defendía que, puesto que Tanzania no tenía una burguesía interna, la lucha de clases se pelearía en el plano internacional. Como respuesta, los estudiantes escribieron réplicas al documento oficial del partido y en 1969 fundaron una de las grandes revistas marxistas antiimperialistas de la época (aunque de corta vida): *Cheche* («La chispa»). En el primer número escribían Rodney, Museveni e Issa Shivji, por entonces aún estudiante, que pronto se convertiría en el colaborador más destacado de la publicación. En septiembre de 1970 se publicó un número especial que incluía un largo ensayo de Shivji, «The Silent Class Struggle».

En ese ensayo, Shivji apuntaba que la adhesión de la izquierda liberal internacional a la Declaración de Arusha de Nyerere —la «tanzanofilia», como la llamaba Ali Mazrui— se había producido en un vacío de análisis. Superficialmente, Shivji estaba de acuerdo con Nyerere: en realidad no había una burguesía tanzana, ni tampoco lucha de clases nacional en el sentido clásico, pero la retórica de Nyerere ocultaba las contradicciones del país. En lugar de impulsar un socialismo específicamente africano, o *ujamaa*, la Declaración de Arusha proporcionaba a la burocracia tanzana una posición económica privilegiada dentro de la burguesía internacional, de modo que una casta pequenoburguesa de funcionarios del partido podría ocupar cargos hipertrofiados en un paisaje neocolonial. Las nacionalizaciones de las industrias clave funcionaban mediante bizantinas redes de sociedades internacionales. La colectivización agrícola, el sello distintivo de la visión de la *ujamaa* que defendía Nyerere, priorizaba la producción para el mercado mundial por delante de la autosostenibilidad, mientras que en las ciudades se desdeñaba la autoorganización obrera cada vez que se presentaba la ocasión y el Estado invertía copiosamente en el turismo y en la construcción de hoteles, descuidando los bienes de consumo básicos. Tanzania hacía equilibrios sobre «una situación inestable», escribía Shivji: el estrato superior de sus dirigentes se comprometía con el socialismo, por muy confusa que fuera su forma de expresarlo, mientras que por debajo del mismo flotaba una clase burocrática que se reproducía a sí misma dentro del mundo del capital imperial, mientras libraba una «lucha de clases silenciosa» contra los trabajadores y los campesinos a los que supuestamente representaba. El ensayo causó revuelo; el número siguiente de *Cheche* incluía una mesa redonda con Rodney, Saul, Szentes y otros investigadores dedicada a valorarlo. Dos años más tarde, Saul y Lionel Cliffe publicaron una edición de la totalidad del debate bajo el título *Socialism in Tanzania*.

Así comenzó la carrera del mayor crítico de Nyerere desde la izquierda. Shivji, nacido en 1946 en la ciudad de Kilosa, a 200 kilómetros al oeste de Dar, estudió derecho en la Universidad de África Oriental y en la London School of Economics, convirtiéndose en la principal autoridad tanzana en temas de desarrollo y siendo al mismo tiempo un intelectual público, un columnista de la prensa escrita, un reputado jurista y un escritor de amplio espectro. En su libro *Class Struggles in Tanzania* (1976) Shivji atacó a la clase burocrática del país y su forma de asfixiar la democracia; sus libros posteriores incluyen *Law, State and the Working Class in Tanzania* (1986) y *The Concepts of Human Rights in Africa* (1989), que desplazan su objeto de interés de los derechos al plano social y político. A principios de la década de 1990, Shivji presidió la Comisión Presidencial de Investigación sobre Temas de la Tierra a partir de la cual elaboró recomendaciones para asegurar la democratización de la propiedad de la tierra bajo asambleas rurales que no pudieran ser engullidas ni por el Banco Mundial ni por el Estado tanzano, recogiendo esta alternativa en *Not Yet Democracy: Reforming Land Tenure in Tanzania* (1998). Una pista del amplio abanico de los intereses de Shivji, sin embargo, es la estimulante colección de ensayos recogida en su libro *Intellectuals at the Hill* (1993) en la que se presenta como un participante africano de la trabajosa crítica de izquierda, conspicuamente representada en el mundo de las letras angloestadounidenses por Stuart Hall y Mike Davis, que pretendía ahondar en el momento neoliberal, entender su atractivo populista y analizar cómo sus paradojas podrían inclinarse hacia la izquierda.

El último proyecto de Shivji se presenta como «la primera biografía completa de Julius Nyerere». *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere* es una obra ingente, única en su concepción, escrita en tres volúmenes por un trío de autores, Saida Yahya-Othman y Ng'wanza Kamata, antiguos compañeros en la Universidad de Dar al Salam, además del propio Shivji. Su objetivo es contar la historia del socialismo tanzano, cincuenta años después de su estrangulamiento dirigido por el FMI. ¿Cómo se modulan las críticas de Shivji cuando se vehiculan a través del prisma de la vida de Nyerere? El futuro presidente nació en 1922, cuando el África Oriental alemán caía bajo el dominio británico, en un pueblo de la orilla oriental del Lago Victoria llamado Butiama. Su padre era reconocido por los colonos como el jefe de la población *zanaki*; su madre era la quinta esposa de su padre, de las dieciocho que acabaría teniendo. Hasta los 12 años, el joven Nyerere pasó sus días entre rebaños de cabras o escuchando a los ancianos del pueblo debatir los temas de la comunidad, pero pronto presionaron a su padre para que lo mandara al colegio, algo no habitual para un chico de aldea, pero que sí se iba haciendo plausible para el hijo de un jefe durante la modernizadora década de 1930. De la mano de la enseñanza de los misioneros, Nyerere primero se convirtió al catolicismo; aprendió inglés y suajili,

adquirió su primera ropa occidental y fue un alumno destacado, lo que le llevó a Tabora –el «Eton de Tanganica»– y a Makerere, por entonces la principal universidad de África Oriental, situada en lo alto de una de las colinas que se alzan sobre la ciudad ugandesa de Kampala. Nyerere llegó allí en 1943, formó parte del consejo estudiantil, se apuntó al club de debates y conoció a la que pronto sería la elite poscolonial de África Oriental: a los futuros médicos, abogados, políticos y a buena parte de lo que sería después su consejo de ministros. Soplaban vientos revolucionarios, especialmente entre los estudiantes keniatas, si bien apacibles; el «socialismo africano» inundaba la atmósfera. En un ensayo premiado, Nyerere adaptó las tesis de *The Subjection of Women*, de J. S. Mill, al entorno de la vida *zanaki*.

Para cuando se graduó en ciencias y estudios clásicos, su padre había muerto. Construyó una casa para su madre «apisonando él mismo el adobe» y aceptó un puesto como profesor, implicándose también en los inicios del movimiento independentista. En 1949 recibió una beca para continuar sus estudios en Edimburgo. Allí recibió clases de economía política de Richard Pares, el historiador del imperio, y siguió las primeras señales de la liberación: la independencia de la India, los avances de Nkrumah en Ghana. El relato se adecúa a las convenciones poscoloniales –estudiante que viaja a la metrópoli y regresa armado con los conocimientos del colono–, pero Nyerere prefería otro relato arquetípico, tan proclive al mito como el anterior, pero elocuente en su fidelidad al mismo: el socialismo como la herencia cultural del campesinado africano. Más tarde señalaría que él no se convirtió al socialismo, sino que en realidad creció inmerso en él: sus raíces estaban en los ritmos colectivos de la vida rural.

Estos detalles proceden del primer volumen de *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere*, cuya autoría principal es de Yahya-Othman. El segundo volumen, a cargo de Kamata, retoma el relato con la invención de la política de masas en Tanganika. Durante los primeros veinte años de dominio colonial alemán, los grupos étnicos libraron una guerra de guerrillas que culminó en la Rebelión de Majimaji de 1905-1907 y que fue cruelmente reprimida; el recuerdo de esa represión silenció la acción política durante las dos décadas siguientes. Poco a poco, la reorganización fue adquiriendo forma: en 1929 un grupo de docentes y funcionarios formaron la Asociación Africana, la primera de una serie de organizaciones que desembocarían en el partido político de Nyerere, la Tanganyika African National Union (TANU). Como licenciado de Makerere, Nyerere encajaba perfectamente en ese medio. Sin embargo, como demuestra Kamata, una vez que regresó de Edimburgo y asumió el liderazgo de la organización en la década de 1950, la excepcional capacidad de Nyerere se demostró al imaginar un partido de masas que creciera con la mirada puesta en lo que ocurriría después de la independencia.

Para las autoridades coloniales, Nyerere era una amenaza que debía erradicarse de la vida política, pero para Londres se trataba de un moderado que podría usarse como bastión contra los nacionalistas negros: un grupo de hombres melencólicos que exigían “África para los africanos”, expresado en la definición de un funcionario. Dentro del partido era una presencia moderada, que creía en el gradualismo y que consideraba que la independencia era un proceso. Pero el comportamiento de las masas lo radicalizó. En 1955, a su regreso de una visita a la ONU, en el primer mitin de masas de la TANU, Nyerere afirmó que la independencia llegaría en veinte o veinticinco años. A la multitud aquello no le impresionó en absoluto. Regresó un año más tarde a la ONU y revisó sus cálculos: la independencia se lograría en 1969. Sus predicciones se fueron acelerando. La propia Gran Bretaña, como revela Kamata, sostenía opiniones diversas sobre la independencia. A medida que la presión anticolonial global aumentaba, las autoridades temían que estallara la violencia. La TANU aumentó su afiliación, las protestas brotaban a lo largo y ancho del medio rural y los conservadores se quejaban de los elevados costes de mantenimiento de una colonia, cuya independencia parecía inevitable.

Y aquí es donde empieza el tercer volumen de la biografía de Nyerere escrito por Shivji, que se inicia con un repaso de la vacilante primera media década de la independencia de Tanzania. Organizar la agitación a favor de la independencia era una cosa; trazar estrategias para lograr la autonomía en el mundo neoperimperial posterior a 1961 otra muy distinta. Como deja claro Shivji, el partido no estaba bien preparado. Más allá de la lucha por la independencia, carecía de un programa claro; pronto surgieron tensiones entre sus alas moderada y nacionalista negra. La africanización se desarrollaba a un ritmo irritantemente lento. El funcionariado era mayoritariamente blanco, la clase empresarial a menudo era asiática. Nyerere había impulsado desde hacía tiempo una política concebida para extender la ciudadanía sin restricciones, argumentando que la discriminación contra las personas asiáticas o blancas de hoy podía conducir a una discriminación intraafricana en el futuro. Sin embargo, la desigualdad racial seguía manifestándose en los empleos, los salarios y la propiedad; el idealismo de Nyerere resultaba vago cuando se enfrentaba a estas realidades materiales. Los africanos sindicados exigían subidas salariales; los activistas de la TANU querían ocupar puestos en el gobierno. El ala radical del partido, apoyada en los sindicatos, presionaba a Nyerere hasta el punto de que este se encontró pronto tan solo con dos opciones: mantenerse en el poder y dividir el partido o dimitir y nombrar un sucesor adecuado. A principios del año 1962 dimitió y nombró primer ministro a Rashidi Kawawa, su «fiel lugarteniente», que actuó rápidamente contra los rivales políticos: aceleró la africanización, prohibió la jefatura comunitaria y subsumió a los sindicatos independientes en una federación sindical controlada por el partido.

Nyerere dedicó el año que no presidió el gobierno a recorrer el país para rejuvenecer el partido. La gente se impacientaba; los beneficios de la independencia parecían haber sido aspirados por la burocracia. Los obreros y los habitantes de las zonas rurales escribían cartas a Nyerere preguntándole por qué eran «gobernados como ganado para que la totalidad de los ministros pudieran lucir enormes barrigas». El gobierno poscolonial tenía que hacerse participativo; Nyerere entendía que el partido era el método para ello. Peinó el país, organizando a los cargos medios del partido y convirtió la TANU en un foro popular democrático. Sin embargo, aunque Nyerere quería que el partido abriera canales de participación en las zonas rurales, también quería disponer de un poder incuestionado para el ejecutivo. Siguió trabajando entre bastidores, logrando unir al partido en defensa de una constitución perfecta para un dictador, modelada, como escribe Shivji, ni más ni menos que sobre el Estado colonial, siendo su justificación principal para ello la velocidad a la que debía desarrollarse Tanganica. Ya había empezado a surgir lo que más tarde Shivji identificará como la contradicción fundamental de Nyerere. El líder soñaba con nuevos paisajes de vida democrática, mientras obstaculizaba las avenidas de su realización.

Con la constitución formalizada, Nyerere volvió al poder, arrasando a sus oponentes gracias a la obtención del 95 por 100 de los votos. Pero sus rivales no desaparecieron. Kawawa planteó la construcción de un Estado de partido único, aduciendo oficialmente que en un entorno carente de rivales electorales significativos, el sistema multipartidista solamente sería un obstáculo para la democracia: ello constituía la vía para que los miembros de la TANU se enzarzaran entre sí en una campaña electoral perpetua en lugar de comprometerse en un debate público honesto. Como defiende Shivji, el razonamiento revelaba el poco espacio democrático que el partido había conseguido roturar. Pero para entonces Nyerere tenía el poder suficiente para impulsar esas reformas y también para detener la africanización contra la voluntad de los sindicatos. En 1964 un grupo de oficiales se amotinó ante la perspectiva de que el ejército continuara estructurándose en la práctica según criterios coloniales. Nyerere huyó de Dar es-Salam y pidió el respaldo británico, que acabó enseguida con la rebelión. Londres estaba exultante: Nyerere, el moderado, parecía llevar de vuelta a Tanganica a la obediencia imperial. Nyerere se sintió humillado: ¿cómo podría justificarse a sí mismo ante sus compañeros panafricanistas, que ya tenían buenas razones para dudar de sus credenciales antiimperialistas?

En *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere*, el motín y sus consecuencias se narran de manera más completa, aunque de forma no cronológica, en el volumen segundo escrito por Kamata. De acuerdo con su narración, fue el bochorno sentido por Nyerere el que impulsó su radicalización. Dos días después, anunció el plan de convertir a Tanganica en el

primer Estado africano subsahariano que descolonizaría su ejército, refundando la institución bajo el nombre de Fuerza de Defensa Popular. También redobló sus convicciones panafricanistas y no alineadas. Pero la secuencia tuvo una cronología relevante. Dos semanas antes del motín, Zanzíbar, la isla de las especias situada a 50 kilómetros de la costa de Tanganica, vivió una revolución propia, esta vez exitosa, que derrocó al sultán e instauró un gobierno de izquierda revolucionaria. Washington y Londres se estremecieron ante la posibilidad de una avanzadilla revolucionaria similar a la de Cuba en África; Nyerere actuó con rapidez y reconoció al nuevo régimen. En el plano internacional, mientras Tanganica y Zanzíbar empezaban a debatir su unión para formar Tanzania, la desconfianza se desplegó mediante extrañas permutaciones. Occidente esperaba que la moderación de Nyerere mantuviera a Zanzíbar fuera del abrazo de la URSS; Moscú se temía lo mismo; y la izquierda internacional se desesperaba mientras Nyerere avanzaba en sus planes sobre la isla más rica y radical, ayudado por el presidente de Zanzíbar, Abeid Karume, un nacionalista a quien sus críticos acusaban de cortejar la unión para debilitar el flanco izquierdo del gobierno revolucionario.

Kamata navega con precauciones entre estos relatos. Nyerere siempre justificó la unión en términos panafricanistas y Tanzania sigue siendo el único ejemplo que sobrevive de una unión política entre Estados africanos. Pero como apunta Kamata, su realización se produjo gracias en buena medida a la tormenta de presión imperialista desencadenada contra Nyerere por los británicos, que amenazaron a Tanganica con el fantasma de una nueva Guerra Fría. Como explica Kamata, la unión se impulsó en secreto, seguida de la expulsión de la izquierda de Zanzíbar, siendo sus líderes marxistas más importantes encarcelados en el continente, empujados al exilio o, en el caso de Abdullah Kassim Hanga, enviado de vuelta a Zanzíbar para su ejecución. El más famoso revolucionario marxista de Zanzíbar, Abdulrahman Mohamed Babu, pasó seis años encerrado en el continente después de que Nyerere se negara a entregarlo a las autoridades en Zanzíbar, donde se enfrentaba también a la amenaza de la pena de muerte (lo que permitió a Nyerere apelar a la instancia moral suprema para protegerlo). Y, sin embargo, como dice Shivji en el volumen tercero, Nyerere podría haber elegido otras opciones en lugar de «robarles a Babu y a sus camaradas seis años de su libertad». Como siempre, sus cálculos estaban destinados primero y ante todo a proteger el dominio del continente sobre Zanzíbar, que ya ha durado, a pesar de sus infortunios, casi sesenta años. En la práctica, la unión no era tanto un augurio del avance del panafricanismo como la profundización de un nacionalismo autoritario que hasta el día de hoy asola el país.

A finales de la década de 1960, el descontento radical comenzó a aumentar. Los planes de modernización de las zonas agrícolas colapsaban por la desigualdad rural y por la aplicación de un agobiante modelo vertical: por



un «desarrollo concebido en términos de cosas y no de personas», reconocería Nyerere. El sentimiento popular encontró defensores políticos en un grupo de diputados de la TANU y en los líderes zanzibariés que agitaban en pro del socialismo. En el plano internacional, China se convirtió en el principal respaldo de Tanzania. En «la Colina», nombre por el que se conocía al campus de la Universidad de Dar es-Salam, los estudiantes empezaban a organizarse. La presión exigía síntesis. De acuerdo con el análisis de Shivji, Nyerere abordó ese momento de maneras que simultáneamente intentaban persuadir y constreñir la pasión popular. Su definición de un revolucionario seguía siendo la de un «realista idealista» de corte fabiano, aunque tomara prestadas nuevas ideas de Mao.

Nyerere era un prodigioso escritor y traductor (de Shakespeare y Platón). Su famoso ensayo, «Ujamaa: The Basis of African Socialism» empieza con esta frase: «El socialismo, como la democracia, es un estado mental». Estamos en 1962, un año después de la independencia. Cinco años más tarde, su pensamiento se había hecho más programático: «Si Marx hubiera nacido en Sumbawanga –les dijo Nyerere a los estudiantes en una de sus visitas al campus– habría redactado la Declaración de Arusha en lugar de *El capital*». La Declaración –que C. L. R. James, aún reconociendo su importancia, describía reveladoramente como «una declaración de buenas intenciones» en su mayor parte– pilló por sorpresa al partido gobernante. Nyerere se había convencido de la necesidad de propiciar un giro hacia un socialismo que fuera algo más que un estado mental. Cuando los estudiantes protestaron por una norma que obligaba a los licenciados a cumplir dos años de trabajo mal pagado en el sector público, Nyerere fue a verlos, recortando su propio salario allí mismo y exclamando que «¡pertenece a una clase de explotadores!». La división campo ciudad tenía una enorme importancia en su pensamiento. Una vez más, salió de Dar es-Salam y recorrió ocho regiones, pronunciando un nuevo discurso cada dos días. Como señala Shivji, esa gira fue su Revolución Cultural: sorteando al comité nacional del partido y llevando directamente al pueblo la defensa del socialismo. El viaje culminó en Arusha. Allí, durante tres días, en el ayuntamiento de la ciudad, Nyerere anunció al partido lo que ya había proclamado por toda la nación, consiguiendo después la aprobación del comité nacional para que la Declaración de Arusha se convirtiera en la política oficial.

La Declaración desarrollaba tres puntos principales: autosuficiencia, socialismo y el código de dirección. Como explicaba Nyerere con una de sus características parábolas, la inversión directa extranjera funcionaba como un ritual de bebida *zanaki* en el que los ancianos emplean largas pajitas para beber de una olla enterrada en el suelo. De la misma manera que el mundo imperial chupaba los fondos del Sur global, la clase capitalista local, un reducido número de terratenientes y empresarios, vampirizaba valor a

los trabajadores. La solución era rechazar la dependencia extranjera y abolir a los capitalistas locales. La sociedad socialista estaría compuesta únicamente de obreros y campesinos. Para escándalo de muchos congresistas, se prohibió afiliarse al partido a terratenientes, empresarios, accionistas, directivos del sector privado y a cualquier persona que percibiera varios sueldos. La Declaración fue recibida con una euforia generalizada. *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere* se recrea en la emocionante atmósfera de los primeros pasos de la abolición de la clase. La policía rodeó los bancos, «nacionalizados efectivamente cuando terminó el día»; sesenta mil trabajadores salieron a celebrarlo ruidosamente por las calles; la gente de todos los rincones del país caminó hasta la Cámara Estatal en Dar es-Salam para mostrar su apoyo a la Declaración de Arusha. «En una semana —escribe Shivji— los puestos de mando de la economía estaban bajo el control del gobierno».

La emoción remitió. El núcleo del tercer volumen es un desarrollo largo, trágico, plagado de senderos no seguidos. El Nyerere de Shivji parece una especie de figura histórica lukacsiana, que encarna la tensión entre los obreros y campesinos autoorganizados, por una parte, y los burócratas dominantes, por otra. Como señalara en una ocasión Mazrui, la radicalización posterior a la Declaración de Arusha se produjo sin radicales: los marxistas de Zanzíbar estaban en la cárcel, *Cheche* ya no existía y legiones de hombres de partido, deseosos de hacer carrera, se colocaron en primera fila. Nyerere se lamentaba a menudo de que estaba intentando construir el socialismo en un solo país con un único socialista. Las instituciones democráticas del partido —elecciones locales, consejos de localidad y de barrio— se transformaron mediante una «política de descentralización», elaborada por la consultora estadounidense McKinsey, que sustituyó a los cargos electos locales por consejos de desarrollo y comités de planificación nombrados por el partido. «Hubo un tiempo en el que yo lideraba al pueblo de Tanzania», le dijo Nyerere a Samora Machel, «pero ahora dirijo su burocracia».

La acusación más dura de Shivji es que Nyerere jugó un papel nada desdeñable para que ello fuera así. En su exposición, la caída del socialismo tanzano se inició en el campo. En la víspera de la independencia, el 95 por 100 de la población tanzana era campesina y vivía en granjas aisladas, siendo en gran parte nómada o hallándose dispersa en asentamientos remotos y alejados de los pueblos y ciudades visitados por los funcionarios coloniales encargados de la recaudación tributaria. Después de Arusha, Nyerere quiso socializar a este campesinado disperso mediante la colectivización de la tierra. El partido debía convencer al campesinado para que se mudara a determinadas aldeas, de modo que la producción de las cosechas fuera más eficaz y resultara posible distribuir la sanidad y la educación. Los excedentes agrícolas se emplearían para el bienestar general. La clave, escribiría Nyerere en un famoso panfleto, era que la libertad y el desarrollo entraran

en una relación dialéctica. La democracia debería florecer en las poblaciones rurales y el desarrollo traer consigo nuevas libertades. Como muestra Shivji, se produjeron algunos progresos reales. En 1961, la tasa de alfabetización era del 25 por 100; a inicios de la década de 1980, el analfabetismo había «sido prácticamente erradicado». Proliferaron los centros de salud rurales, la mortalidad infantil se desplomó y la esperanza de vida aumentó, aunque de manera modesta.

Pero mientras el desarrollo progresó de manera impresionante, la libertad se quedó atrás. Shivji cuenta la historia de un grupo de núcleos rurales que se autoorganizaron bajo la rúbrica de Ruvuma Development Association (RDA). Se hallaban autoorganizados en el sentido de que los mismos habían sido fundados por la iniciativa independiente de un pequeño grupo de la Liga Juvenil de la TANU, inspirado por la llamada a la colectivización de Nyerere, llegando a agrupar a cuatrocientas familias en diecisiete núcleos rurales. Trabajaban y legislaban de manera comunal y se convirtieron en un símbolo internacional de la *ujamaa* de Tanzania, recibiendo «un flujo regular de investigadores, voluntarios, admiradores expatriados, personal de ONG y trabajadores expertos en políticas de desarrollo e, inevitablemente, agencias de ayuda y organizaciones caritativas». Este flujo de visitas internacionales enfadó a los burócratas del partido, que se sentían marginados por la mezcla de autogobierno y apoyo externo recibido por la RDA. En respuesta a ello, la burocracia del partido insistió ante Nyerere en que la colectivización debía ser un proceso coordinado a escala nacional y controlado por el partido, opinión que con el tiempo y, en cierto modo desentendiéndose del asunto, él finalmente aceptó. De la noche a la mañana, la RDA se «nacionalizó», su autoorganización se desmanteló y el partido se hizo cargo de ella.

No tardó mucho Nyerere en impacientarse con el proceso de desarrollo. Los campesinos no se colectivizaban. En 1968 se calculaba que el número de núcleos rurales *ujamaa* eran alrededor de veinte; el gobierno reconocía oficialmente ciento ochenta, pero pocos de ellos se gestionaban de manera comunal. Las figuras del partido carecían de conexiones orgánicas con los campesinos, que percibían a los burócratas como la gente que compraba sus cosechas a un precio fijo y se embolsaba los beneficios. En ausencia de un partido de organizadores socialistas dedicados a conceder autonomía y dotar de capacidad de acción a obreros y campesinos, el Estado se convirtió en el agente *de facto* y, como escribe Shivji, la coerción se convirtió en su método. En 1973 el proceso de nucleación rural se había convertido en una «operación semimilitar», que obligaba a los campesinos a realojarse, habiendo ocasiones en las que «se les metía en camiones y se les arrojaba» en un nuevo lugar, mientras sus antiguos hogares eran quemados o destruidos. El gobierno calculó que se habría realojado a aproximadamente trece millones de campesinos y campesinas, algunos de ellos de manera voluntaria, pero la

mayoría no. Un «enorme logro», decía Nyerere, pero no puede decirse que fuera acorde a su visión. El sueño comunal de la *ujamaa* se trocó por granjas estatales. Los campesinos, colocados bajo la sombra del partido y de agencias paraestatales y recibiendo una parte cada vez menor del valor de sus cultivos orientados hacia la exportación, optaron por diversas formas de rebelión silenciosa, bien recurriendo a los mercados informales, bien urbanizándose en masa.

A pesar de la autoimagen de Nyerere como el único socialista de Tanzania, la TANU seguía teniendo un pequeño grupo de ideólogos influyentes y comprometidos. A medida que los líderes de izquierda eran depuestos a lo largo y ancho del continente africano y las potencias imperialistas endurecían su postura hacia Tanzania, el ala radical del partido empezó a preocuparse cada vez más por la posibilidad de un cambio de régimen. *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere* cuenta cómo la estrella ideológica más brillante de la TANU, Kingunge Ngombale-Mwirya viajó a la Guinea de Sékou Touré y le sorprendió allí el papel de las milicias populares a la hora de defender Conakry de la invasión portuguesa de 1970. Ngombale y otros dirigentes argumentaban que las claves para la defensa del socialismo tanzano radicaban en una nueva forma de participación y en la profundización del entusiasmo popular. De estas reflexiones nació el Mwongozo de 1971, o las «directrices», que en opinión de Shivji fue el «documento más militante del periodo de Arusha» en el cual se execraba a sus enemigos imperialistas, se criticaba a la dirección del partido y se proponía «una milicia popular en los lugares de trabajo para armar al pueblo ideológica y militarmente».

El documento causó efectos profundos. Las frases sobre el liderazgo resonaron en los obreros, que respondieron a los conflictos industriales no mediante los sindicatos estatales, sino con huelgas salvajes, dejando las herramientas, encerrando a la dirección y abandonando sus puestos de trabajo. A principios de la década de 1970, durante tres años, Tanzania ardió con la militancia obrera. Shivji considera que este fue un camino desperdiciado que bien podría haber tomado el socialismo tanzano. En lugar de ello, el Estado se cebó con los obreros en huelga y suprimió sus comités, siendo este el último vestigio de democracia en una estructura sindical que ya estaba totalmente burocratizada. Aunque Nyerere siempre describió el socialismo tanzano como una aspiración más que como una realidad, malinterpretó las fisuras que ese proceso aspiracional había creado. Shivji escribe que Nyerere había llegado a creer que «podría construir el socialismo sin la lucha de clases». «Los obreros actuaban, pero carecían de un instrumento. Nyerere podría haber puesto a su disposición su tremenda capacidad de liderazgo y la su partido. En lugar de ello, se vio arrastrado a las estructuras tejidas por la clase burocrática».

Se produjeron otras aperturas durante la década de 1970 y principios de la siguiente. Las protestas estudiantiles de 1978 se combinaron de maneras novedosas con el movimiento obrero y, en 1981, el partido, ahora reconfigurado como Chama Cha Mapinduzi (CCM); el «Partido de la Revolución», publicó otro conjunto de directrices, el Mwongozo de 1981, redactadas y promovidas por Ngombale, que atacaba sin piedad los fracasos del Estado. Las directrices pretendían ser una llamada de atención, acompañadas de medidas democratizadoras, como la reintroducción de las cooperativas y los gobiernos participativos locales. Pero Shivji entiende que llegaron demasiado tarde. A comienzos de la década de 1980 la orientación socialista del CCM era un caos y el país estaba sumido en una crisis económica.

Los elevados precios de las mercancías, la expansión de la producción agrícola y la generosa ayuda externa habían impulsado el crecimiento durante el periodo Arusha. A partir de finales de la década de 1970, la suerte cambió. Los precios se hundieron, la producción se redujo (en parte debido al fracaso de la *ujamaa*), la ayuda disminuyó y, a medida que el estancamiento se hacía global, llegó la deuda. Nyerere aprobó un último aumento de gasto en medio de una tensa guerra contra la Uganda de Idi Amin que, según la interpretación de Shivji, por un breve momento suscitó turbios sentimientos de orgullo patriótico. Odiado en su país, Amin trataba de salvar su régimen invadiendo Tanzania por el Saliente de Kagera situado en el noreste del país, afirmando que ese territorio pertenecía a Uganda; Nyerere respondió movilizando el ejército y la milicia popular y rechazando a las fuerzas ugandesas y después avanzando hacia Kampala. Aunque fue un movimiento controvertido dentro de la Unión Africana (Tanzania tenía derecho a defenderse, defendía la mayoría, pero no a invadir a su vez), la guerra evocó fugazmente el optimismo del pasado, cuando parecía que el socialismo triunfaba en el país y la revolución poscolonial era uno de los mayores logros que exportaba. Pero las deudas adquiridas para derrocar a Amin sumieron a la economía en una crisis aún mayor.

En la Cumbre Norte-Sur de Cancún en 1981, los líderes mundiales se reunieron para escuchar cómo Reagan y Thatcher exponían el mantra del FMI; en Tanzania, el director local de la International Communications Agency estadounidense le hizo un regalo al asistente de Nyerere: *Libertad de elección*, de Milton Friedman. Nyerere combatió mientras pudo las exigencias del FMI antes de tomar finalmente en 1985 la decisión de dimitir. Hubo ciertas intrigas políticas para elegir a su sucesor; la Liga Juvenil del CCM hizo pública su repulsa por las negociaciones secretas con el FMI del nuevo grupo dirigente. Nyerere volvió a recorrer el país para revitalizar el partido, pero eran años de plomo, como muestra Shivji: Ngombale, antaño el más elocuente marxista dentro del CCM, trazó un plan para integrar a los empresarios en el partido, citando como justificación la importancia histórica para el socialismo de la

fábrica textil del padre de Friedrich Engels. La tendencia socialista del CCM tenía resiliencia suficiente como para que el sucesor de Nyerere, Ali Hassan Mwinyi, se moviera con cierta precaución, liberalizando el comercio, terminando con el gobierno de un solo partido y devaluando el chelín, pero aún en buena parte mostrándose leal a Arusha. Pero el siguiente presidente, Benjamin Mkapa, no tuvo esa contención. Shivji lo describe como el Deng Xiaoping de Tanzania. Mkapa, efectivamente, privatizó el Estado. Nyerere se volvió a Butiama, al final de «un camino polvoriento y lleno de baches», sin perder nunca su fe en el socialismo. Siguió siendo una figura reverenciada por el pueblo, pero vivió lo suficiente –murió en 1999– como para ver cómo se derrumbaba buena parte de su proyecto de construcción nacional. El neoliberalismo engulló la *ujamaa*. El partido se escindió en facciones personalistas; la inversión extranjera invadió Tanzania; los conflictos sobre la propiedad de la tierra aumentaron y con ellos las tensiones étnicas, minando lo que retrospectivamente quedaría como uno de los mayores logros de Nyerere: su contribución, como señala Shivji, a que Tanzania evitara la violencia interétnica que asolaba a buena parte de la región. Este tema sensible se trata de una forma más bien somera en el tercer volumen, donde Shivji escribe que «el racismo y la etnicidad en Tanzania palidecen por su insignificancia gracias a la política de tolerancia cero de Nyerere, especialmente a la hora de hacer política con la etnia». Bajo la reciente presidencia del populista de derecha John Magufuli la situación ha empeorado. Como en otros lugares, el final de la izquierda socialista ha dejado un vacío ideológico; lo han rellenado el fervor religioso y las muestras groseras de nacionalismo.

Aquí termina *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere*, que se cierra sin aventurar ningún juicio definitivo sobre el legado de Nyerere. En su conjunto la obra puede ofrecer una lectura un tanto descoyuntada, porque divide su material temáticamente, pero este se solapa en ocasiones. Las dos primeras partes de la trilogía tratan principalmente de episodios parciales o periféricos, que no se perfilan bien hasta que son proyectados retrospectivamente en la narración más ampliada y fluida del volumen 3. Parte de ello se debe a la cronología: el volumen 1 empieza con la infancia, el volumen 2 con el dominio colonial, mientras que el volumen 3 entra directamente en el auge y declive del socialismo tanzano. Pero cada uno de ellos salta hacia adelante y hacia atrás, por lo que los detalles que encajan mejor en la cronología del volumen 3 aparecen esporádicamente en los volúmenes 1 y 2. Para extraer de todo ello la biografía de Nyerere hay que hacer algunos reajustes mentales. Pero, en un plano más fundamental, la biografía cumple su promesa, teniendo en cuenta su exhaustividad, el volumen enorme de material que presenta y la riqueza de detalles que ofrece. Sensata y puntillosa, es un gran logro: una biografía política que se desdobra como una minuciosa historia de la Tanzania poscolonial y de su compleja tradición socialista.

Los autores prometen subsanar la obvia laguna de esta trilogía, esto es, las dimensiones comparativas e internacionales de la presidencia de Nyerere, en un cuarto volumen, que se publicará próximamente. Shivji ha escrito en otros lugares sobre estos temas, especialmente en *PanAfricanism or Pragmatism?* (2004), donde contrastaba el socialismo autóctono no alineado de Nyerere con el desarrollismo influido por el marxismo-leninismo de Nkrumah en Ghana. Como escribe Shivji: «El panafricanismo de Nkrumah nace en el vientre de una perspectiva continental generada por la diáspora», mientras que el de Nyerere «nace de la lucha por la independencia de su país». En el África poscolonial, el nacionalismo no era suficiente: el continente tenía que unirse para adquirir poder en el escenario mundial. El volumen 4 promete arrojar nueva luz sobre estos impulsos internacionalistas. Aunque a Nyerere se le criticó porque daba la sensación de que no quería romper los vínculos con Gran Bretaña y Estados Unidos, Shivji escribe que, en las últimas décadas de la Guerra Fría, cuando muchos de los que antes se oponían al imperio estadounidense habían desertado de sus puestos, él había profundizado en su antiimperialismo.

Aunque Shivji ya se había ganado una reputación como el gran crítico de Nyerere, el volumen 3 lo sitúa como el gran historiador de Nyerere. *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere* no presenta a su biografiado como un santo o como un villano, sino inmerso en contextos históricos que escapaban a su control, ofreciendo así una visión más amable que la contenida en sus primeros escritos polémicos, aunque no se contiene a la hora de criticarlo con energía. El clima intelectual de Tanzania ha cambiado mucho desde la emoción de los años de Arusha, la libertad de prensa ha menguado y la Universidad de Dar es Salam ha perdido su impulso crítico. Pero Shivji ha conservado una cierta prominencia pública. A lo largo de toda su obra, tal vez haya un principio rector que destaque. Implícito en sus primeros escritos, se desarrolló gradualmente como un tema explícito a medida que sus intervenciones de la década de 1970 dieron lugar a los informes de la de 1980. «Quienes predicán el socialismo —escribía Shivji en *Intellectuals at the Hill*— deben primero aprender a practicar la democracia». En su origen, esta lección se aprendió analizando la «lucha de clases silenciosa» que invadía el socialismo tanzano: con *Development as Rebellion: A Biography of Julius Nyerere* se ha trazado el mapa más amplio posible de esa lucha.